Protesta, Movimientos Sociales y
Dimensiones de la acción colectiva en América Latina[1]

Maristella Svampa
Conicet-Argentina

Quisiera empezar con una imagen. Hace poco tiempo, frente a mis alumnos, recordaba que ya hace diez años que, con cierta frecuencia, dicto cursos de posgrado sobre Movimientos Sociales y Acción colectiva. Cuando comencé, en 1998, y presentaba los diferentes enfoques y categorías analíticas para el estudio de la acción colectiva, siempre me quedaba con la impresión, como reza una frase de Marx en *El 18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte*, de que la forma invocada desbordaba claramente el contenido, como si tuviera en entre mis manos muchos floreros y pocas flores. Diez años después pareceríamos estar en la situación inversa: frente al actual escenario latinoamericano, ahora el contenido desborda las formas, o para volver a la imagen aludida, es como si tuviera muchas flores y pocos floreros para contener la diversidad existente.

Aunque esto ya ha sido conversado con los organizadores, me gustaría aclarar al público presente que yo no soy una especialista en Charles Tilly, aunque obviamente, como todos aquí conozco su obra y, por sobre todas las cosas, encuentro en Tilly un gran inspirador. Pero a esto debo añadir que no solamente no soy una especialista en Ch. Tilly, sino que hago sociología de los movimientos sociales de y desde América Latina, algo que desde ya me coloca en un lugar de enunciación diferente al vuestro y el de otros especialistas en la materia aquí presentes.

En líneas generales, en los últimos 25 años, en América Latina la sociología de la acción colectiva pasó de la influencia de A. Touraine, M. Castells y A. Melucci, que defendieron la noción de movimientos sociales y un análisis en términos de diferentes niveles de acción, a la expansión, a partir de mediados de los años ´90, de una serie de conceptos y herramientas analíticas provenientes de lo que genéricamente se ha denominado como "teoría de la interacción estratégica", o "paradigma multidimensional", corriente en la cual se destacan los aportes de Ch. Tilly, S. Tarrow. Mc Adam, Zald, entre otros. Ciertamente, a la hora actual no son pocos los jóvenes universitarios ni los equipos de investigación que en Bolivia o en Argentina, utilizan dichas herramientas. Paralelamente,

---

[1] Este texto ha sido especialmente preparado para las "Jornadas de Homenaje a C.Tilly", Universidad Complutense de Madrid-Fundación Carolina, 7-9 de Mayo de 2009, y forma parte del programa de investigación financiado por la John Simon Guggenheim Memorial Foundation.

aunque no desvinculado de la perspectiva americana, en América Latina se ha ido afianzando una tradición analítica propia, vinculada a las ciencias sociales críticas, que abreva en otras nociones, al tiempo que no renuncia a la recreación de ciertas categorías vinculadas al otrora llamado paradigma de la identidad.

De los Nuevos Movimientos sociales a la protesta

En América Latina, las sucesivas crisis de paradigmas se advierten a la hora de dar cuenta del cambio de las unidades de análisis que han regido los estudios sobre la acción colectiva. Así, entre los años 60 y 80, la unidad de análisis por excelencia fue "*movimiento obrero*", pese a que en nuestras latitudes el referente empírico del movimiento social histórico no fue propiamente hablando la clase obrera, sino más bien "las clases populares", en plural, y en un sentido amplio. En efecto, recordemos que en América Latina históricamente lo popular ha designado un conglomerado que reúne mundos heterogéneos, entre los que se cuentan indígenas, campesinos, trabajadores informales y clase obrera urbana. Por ello mismo, la acción colectiva ha estado atravesada desde el inicio por una multiplicidad de dimensiones y llamados, en nombre de la clase, la nación y el antiimperialismo, sin que ninguno de ellos lograra un primado estructural sobre los otros. Tocaría al populismo dar expresión política a esta abigarrada realidad popular, a través de la noción unificadora de pueblo; concepto que designaba tanto un sujeto colectivo imaginario homogéneo, como un sector social real heterogéneo. En esta línea, el modelo nacional-popular apuntaría también a la homogeneización de los sujetos sociales, mediante la inclusión simbólica de los bordes o márgenes de la nación, como lo ilustra el indígena, incorporado al lenguaje populista en tanto "campesino" (Gilly:1997). Sin embargo, para una gran parte del pensamiento social, marcado por las corrientes estructuralistas, el problema mayor era la construcción de un sujeto histórico, lo cual remitía tanto a la heterogeneidad social como a la falta de autonomía del movimiento sindical, frente al llamado político del líder desde el aparato del Estado.

Fue entre los años 70 y 80 cuando en gran parte de América Latina se llevó a cabo el pasaje de la movilización del "pueblo" a los "*nuevos movimientos sociales*", visible en un conjunto de acciones colectivas, marcadas por su carácter local y puntual. En el espacio urbano, la época estaría recorrida por la emergencia de nuevas luchas, ligadas a las condiciones de vida y, por ende, al reclamo de la tierra y la vivienda y de los servicios públicos. En este sentido, los llamados "movimientos sociales urbanos" venían a poner de

manifiesto los límites de integración del proyecto de modernización nacional-popular, visibles en la pauperización económica y marginalidad urbana de amplios sectores populares. En todo caso, el proceso ilustraba el nacimiento de una nueva matriz de acción territorial, con componentes altamente pragmáticos y una fuerte orientación de demandas hacia el Estado. Por otro lado, el uso latinoamericano de la categoría de *nuevos movimientos sociales* resultaba muy engañoso, pues varios de los movimientos analizados (como aquellos indígenas-campesinos), poco tenían de "nuevo". Por último, vale la pena agregar que durante los años `80, los análisis daban cuenta de un fuerte proceso de heterogeneidad de las luchas, lo cual fue leído en términos de creciente disociación entre lo social y lo político (E. Jelin, F. Calderón, Ruth Cardoso, entre otros).

Hacia los años `90, el pasaje a un nuevo tipo societal, marcado por la asociación entre globalización y neoliberalismo, tuvo una repercusión importante en el plano de la acción colectiva, algo que se expresó en la escasa eficacia de los repertorios tradicionales (marchas, movilizaciones, huelgas) y, posteriormente, en la explosión/generalización de nuevas formas de acción. En efecto, en términos de acción colectiva, una de las primeras consecuencias fue la proliferación de repertorios de acción nuevos o no convencionales, ligados de manera privilegiada a la acción directa (saqueos, estallidos sociales, puebladas, cortes o bloqueos de ruta, escraches, entre otros). Así, el caso es que, en contraste con el proceso de concentración creciente de las decisiones en las élites de poder internacionalizado, los sistemas de acción colectiva pasaron por un momento de inflexión –de crisis y debilitamiento–, visible en la fragmentación de las luchas, la focalización en demandas puntuales, la presión local o la acción espontánea y semiorganizada (Calderón y Dos Santos:1995). Este escenario de crisis y estancamiento de los nuevos movimientos sociales produjo, como bien señala M.da Gloria Gohn una "orfandad teórica", en la medida en que los análisis estaban presos de las referencias europeas (1997: 218)

Ciertamente, como en otras latitudes, estos cambios vertiginosos pusieron en tela de juicio los enfoques analíticos que hasta ese momento venían aplicándose a la lectura de las acciones colectivas, asociados al paradigma de la identidad, y fueron abriendo progresivamente la puerta a otro tipo de perspectivas, vinculadas al modelo político y la teoría de la interacción estratégica. Así, mientras que, en ciertos casos, el contexto de descomposición y reconfiguración de la sociedad, llevó a que ciertos autores señalaran a los movimientos sociales aparecían como los grandes perdedores, al tiempo que subrayaban "la incapacidad de los mismos de devenir actores" (S. Zermeño y A. Touraine), en otros, el carácter fragmentario de la acción colectiva, su diversificación creciente; más aun, la

desarticulación de identidades colectivas estables, fue habilitando el uso de la categoría "*protesta social*" (F. Schuster y el Gepsac - Grupo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva-, en Argentina, M. López Maya, en Venezuela, entre otros), la cual prontamente desbordó el campo académico, para pasar a constituir una suerte de lugar común, a la vez periodístico y político.

Sin embargo, al alba del nuevo siglo, asistimos a una nueva inflexión, vinculada a la apertura de un nuevo ciclo de acción colectiva, visible en la desnaturalización de la relación entre globalización y neoliberalismo. Esta inflexión, que impulsó un cambio en el escenario político latinoamericano, rehabilitó nuevamente el uso del concepto de *movimiento social*, en un sentido altamente ejemplificador, o para decirlo de otro modo, en un sentido "fuerte" del concepto. Recordemos que, aunque el ciclo anti-neoliberal se abrió en 1994 con la irrupción del zapatismo, en Chiapas, suele señalarse el inicio de un nuevo ciclo de acción colectiva, esto es, una fase que señala una progresiva acumulación de las luchas contra las reformas neoliberales, con la Guerra del Agua, en Cochabamba, en el año 2000, seguido éste por otros momentos de inflexión, tanto en Argentina, en diciembre de 2001 y durante 2002, Ecuador, en 2005, nuevamente Bolivia en 2003 y 2006, entre otros.

En la actualidad, los estudios sobre acción colectiva y movimientos sociales se hallan muy desarrollados en toda América Latina, muy especialmente en Brasil, México, Argentina, Bolivia, Venezuela y Ecuador, y atrae a un conjunto de disciplinas diversas, que incluye no sólo la sociología política, las ciencias políticas y la historia, sino también la geografía y la teoría social. Podemos distinguir dos tendencias diferentes, que resumen lo dicho anteriormente: por un lado, encontramos aquellos trabajos que se insertan en el vasto campo de estudio de las acciones colectivas y apelan para ello a la noción de protesta social; por el otro, están aquellos que (re)valorizan una conceptualización específica en términos de movimientos sociales.

Respecto de los primeros, la noción de "protesta" aparece definida en función de dos rasgos mayores: el carácter contencioso de la acción y su visibilidad pública. Como hemos señalado más arriba, mientras que en Argentina, este concepto ha sido retomado por analistas locales, entre ellos, por el GEPSAC, el equipo dirigido por Federico Schuster de la Universidad de Buenos Aires; en Venezuela, es la historiadora Margarita L. Maya, quien echa mano a esta conceptualización.

Para el caso del GEPSAC, la conceptualización utilizada insiste tanto en el carácter acotado de la protesta (lo visible), como también más genérico o amplio, en la medida en que designa un conjunto de procesos de movilización y sostenimiento de demandas frente

al Estado. Asimismo, para salir de "la univocidad típica del lenguaje precedente", dicho equipo propuso la noción de "redes de protesta", interpretada ésta como corolario de la acción y la emergencia de aspectos comunes, suerte de "aires de familia" (Schuster y Pereyra: 2001, p. 57). Posteriormente, Schuster y su equipo revalorizarían el concepto de "movimiento social" y sostendrían que el concepto de "red de protesta" aparece como una suerte de "eslabón perdido" entre la protesta y el movimiento social, el cual "permitiría trazar los primeros rasgos analíticos de lo que podría ser llamado movimiento" (2005:58), En fin, es importante señalar que el equipo del GEPSAC ha venido haciendo una rigurosa sistematización de las protestas en la Argentina, que abarca el periodo de 1989 a 2006, y que constituye la base estadística más completa del país. También los trabajos de Auyero, discípulo de Ch. Tilly, se han orientado en esta dirección, al retomar la noción de protesta, en el marco de una concepción que subraya la importancia de los procesos políticos y los cambios en las formas del reclamo en Argentina, básicamente centrados en las revueltas de los empleados estatales, las puebladas en las localidades petroleras y los saqueos en el Conurbano Bonaerense (:2002, 2008).

Por otro lado, M. López Maya, quien inició junto a su equipo un proceso de sistematización de las protestas en 1997, retoma el concepto de "protesta popular", basado explícitamente en el enfoque de Tilly (política beligerante o proceso político), al cual define como "una acción colectiva disruptiva y discontinua, desarrollada en espacios públicos por multitudes y otros actores sociales y políticos, para expresar malestar o descontento con normas, políticas, instituciones, fuerzas, condiciones sociales y políticas, etc." (2005:518). Sin embargo, L. Maya habla también de "la política en la calle" para dar cuenta de un tipo de instrumento político por antonomasia de los sectores más pobres o más alejados del poder, una conceptualización que, como veremos más adelante, está muy presente en la teoría de la acción colectiva en América Latina.

En suma, a fines de los `90, gran parte de las investigaciones realizadas en países de la región, adoptaron el concepto de protesta, en detrimento de la noción de movimientos sociales, a fin de subrayar la proliferación de repertorios de acción no convencionales, con un fuerte poder disrruptivo, que combinaban diferentes formas de acción directa, y señalaban como interlocutores privilegiados los diferentes niveles del Estado (Nacional, provincial, distrital). Dichos enfoques se distanciaban de aquellos estructuralistas, en la medida en que rechazaban la conexión mecánica entre cambios estructurales y conflicto colectivo; o para decirlo de otra manera, que cuestionaban la extendida idea de que había actores estructural u ontológicamente orientados hacia el conflicto o a la protesta, y

apelaban a conceptos de alcance intermedio, básicamente el de "repertorios de acción colectiva" y posteriormente el de "estructura de oportunidades políticas" y marcos de la acción, propuestos por el modelo político de Tilly y la teoría de la acción estratégica.

El retorno de los Movimientos Sociales

Respecto de la segunda tendencia, el centro del análisis lo constituyen los movimientos sociales, aún si estas lecturas no se contraponen (o no son antagónicas), con aquellas que abrevan en el modelo político de análisis y la teoría del actor racional. En este punto, debemos decir que nuestra propia perspectiva valoriza la noción de movimientos sociales, sin que ésta se presente como una noción excluyente. En realidad, sostenemos una visión que si bien coloca en el centro la noción de movimientos sociales, tiende puentes entre ciertas nociones provenientes del paradigma de la identidad y algunos elementos extraídos de la teoría de la interacción estratégica y de éstos a su vez con la tradición específicamente latinoamericana. Esta es una concepción que, por encima de los matices y la diversidad de lenguajes adoptados (sociología política, filosofía política), compartimos con investigadores bolivianos, tales como Alvaro García Lineras y Luis Tapia, de Bolivia, así como con otros procedentes de otras disciplinas sociales, como los geógrafos brasileños (B. Mançano Fernandes, Milton Santos, Carlos P. Gonçalves, entre otros), o Norma Giarracca de Argentina y Raúl Zibecchi de Uruguay.

Desde nuestra perspectiva, esta lectura destaca el hecho de que una visión centrada en el análisis de la protesta tiene el mérito de relevar novedosos aspectos de la acción colectiva surgidos a lo largo de los 90, incorporando estos cambios, en buena medida siguiendo a Tilly y a Tarrow, en el nivel específicamente político del análisis. Sin embargo, pese a las ventajas operativas de la noción de protesta, considera que sigue siendo necesario un análisis en otros niveles de la acción (dimensiones culturales, ideológicas, o aquellas específicamente subjetivas), más aún, a partir de la multiplicación de las formas de resistencia, con continuidad en el tiempo, visibles en la expansión de un vasto campo multiorganizacional. En razón de ello, pensamos que no es posible escatimar cierta mirada analítica presente en la teoría de los movimientos sociales, pues más allá de sus lecturas, por momentos excesivamente normativas –aunque jamás reduccionistas–, éstas continúan siendo notablemente enriquecedoras, en la medida en que nos permiten explorar cuestiones de orden cultural e ideológico, relativas a los procesos de construcción de las identidades colectivas. No hay que olvidar tampoco que, dentro de esta visión centrada en el análisis de

la (re)construcción de identidades colectivas, confluyen perspectivas que hacen hincapié en la –no tan novedosa– heterogeneidad y complejidad de las luchas sociales, así como en el carácter contingente y precario de las identidades.

Llegados a este punto, se hace necesario realizar una distinción en el uso de la noción misma de movimiento social. Por un lado, podemos hablar de movimientos sociales *en sentido fuerte* (lectura que ha prevalecido en América Latina), que alude a la idea de un actor o movimiento social que cuestiona la lógica de dominación; en última instancia, un actor o conjunto de actores, portadores de una acción irreductible a la institucionalización. Esta definición fuerte implica la posibilidad de pensar los movimientos sociales como sujetos potencialmente antagónicos y emancipatorios. Por otro lado, podemos adoptar *el sentido débil* de la noción de movimientos sociales, que alude a un tipo de acción colectiva que intencionalmente busca modificar el sistema social establecido, o defender algún interés material; una acción contenciosa e intencional que da cuenta de una continuidad organizativa, de parte de los actores que no tienen poder frente a aquellos que tienen poder (García Linera, 2004, Svampa, 2005 y 2008). En fin, más allá del sentido débil o fuerte, sigue siendo valida la definición aportada por Melucci, que designa como movimiento social "aquella acción colectiva que rompe con los límites de compatibilidad del sistema y obliga a una reorganización del poder", en la medida en que subraya el carácter disrruptivo e interpelador de los movimientos sociales en las sociedades contemporáneas.

No constituye un dato menor recordar que en América Latina la apertura del ciclo de luchas contra la globalización neoliberal y asimétrica no provino de las fuerzas de la política institucional. Fueron las organizaciones y movimientos sociales los grandes protagonistas de este nuevo ciclo, los que a través de sus luchas y reivindicaciones, aun de la práctica insurreccional, lograron abrir la agenda pública y colocar en ella nuevas problemáticas: el reclamo frente a la conculcación de los derechos más elementales, la cuestión de los recursos naturales y de las autonomías indígenas, la crisis de representación de los sistemas vigentes, contribuyendo con ello a legitimar otras formas de pensar la política y las relaciones sociales.

Así, en las últimas décadas, los movimientos sociales en América Latina se han multiplicado y han extendido su capacidad de representación, esto es, han ampliado enormemente su plataforma discursiva y representativa en relación a la sociedad: movimientos indígenas y campesinos, movimientos urbanos territoriales, movimientos socio-ambientales, movimientos y colectivos gltb, en fin, colectivos culturales, dan cuenta de la presencia de un conjunto de reivindicaciones diferentes, con sus respectivos clivajes

identitarios, configurando un campo multiorganizacional extremadamente complejo en sus posibilidades de articulación. Heterogéneos en sus demandas, al igual que en otras latitudes, éstos trasmiten una tendencia a la reafirmación de la diferencia y el llamado al reconocimiento, al tiempo que se expresan a través de una multiplicidad de repertorios, ligados a la acción directa.

Pero una vez dicho esto, es necesario aclarar dos cuestiones: en primer lugar, esta visión que trabaja con un doble uso del concepto de movimientos sociales (sentido fuerte y sentido débil) señala como lo propio de los movimientos sociales su inserción en un espacio de geometría variable, al tiempo que desemboca necesariamente en una tipología de movimientos sociales. En este sentido, se trata de una visión tributaria de la sociología política, siempre atenta a la vinculación entre las diferentes escalas de la acción colectiva y a un modelo relacional que enfatiza la dinámica recursiva de los procesos. Los movimientos sociales son comprendidos así dentro de una historia mayor, que comprende diferentes momentos y etapas, desde los orígenes, ascenso, apogeo, crisis y reconfiguración, en sus diferentes alineamientos y vertientes político-ideológicas. Estamos pues frente a un enfoque que privilegia una concepción de los movimientos sociales en tanto actores colectivos plurales, abiertos, impuros, dinámicos, que inscriben su acción en diferentes niveles, siempre en un campo multiorganizacional y, por ende, de articulaciones difíciles y complejas. Lejos de toda linealidad o imagen purista, reconoce que hay momentos en los cuales los movimientos sociales reflejan tendencias corporativas y particularistas y otros momentos, sobre todo, en procesos de movilización ascendente, en los cuales desarrollan la capacidad de articular demandas más generales, capaces de interpelar el conjunto de la sociedad, a través del cruce con otros movimientos u organizaciones sociales.[2] Finalmente, la concepción de movimientos sociales en sentido fuerte, más teórico, debe ser entendida menos como una definición normativa (lo que debe ser un movimiento social, a la manera de A. Touraine), y más como un concepto límite que nos recuerda el carácter asimétrico y antagónico de las relaciones de poder, y por ende, coloca en el centro la idea de la dominación.

En segundo lugar, por todo lo dicho, esta visión incorpora elementos de análisis que provienen del modelo político y la teoría de la interacción estratégica, tales como repertorios de acción, estructura de oportunidades políticas, ciclos de acción, entre otros, y

[2] Un ejemplo de ello, fue el caso de las organizaciones y movimientos sociales bolivianos, que entre 2000 y 2005, en un contexto de movilización social ascendente y de deslegitimación del régimen neoliberal, lograron superar sus tendencias corporativas, y confluyeron en dos consignas básicas: Nacionalización de los recursos natrales y Asamblea Constituyente.

por ende, no se postula –como en otros tiempos- como antagónica de otros enfoques. Tales categorías están presentes tanto en la voluminosa obra coordinada por García Linera, *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia,* cuyo subtítulo es "estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política", como en varios de nuestros propios libros y artículos, así como el de otros colegas argentinos y bolivianos. Así, en las investigaciones sobre el movimiento cocalero, la Coordinadora del Agua o los comuneros aymaras, en Bolivia, o sobre los movimientos piqueteros en Argentina, encontraremos un análisis de la dinámica política que incorpora estas herramientas de análisis, sobre todo para dar cuenta de las relaciones entre movimientos sociales y sistema político. En este sentido, y retomando a Tilly, los estudios se colocan lejos de la tentación del "modelo de un solo actor" y enfatizan el carácter relacional, esto es, interactivo y recursivo de la acción (de allí la importancia de los umbrales de pasaje, o los momentos de inflexión, que señalan procesos de cambio social), sin olvidar las asimetrías existentes.[3]

Bien vale la pena subrayar la productividad analítica de la noción de "repertorios de acción colectiva", que señala la importancia de diferentes aspectos o dimensiones tanto estructurales como culturales y simbólicas, y se erige en un concepto de alcance intermedio, que permite una conexión entre cambios macroestructurales y procesos microsociales. En efecto, esta noción introducida por Tilly desde la sociología histórica, que tanta fortuna habría de tener en los estudios sobre la acción colectiva, posee un gran espesor, en la medida en que los repertorios de acción configuran un horizonte de experiencia colectiva. Los repertorios son definidos como "un conjunto limitado de rutinas aprendidas, compartidas y actuadas a través de un proceso de elección relativamente deliberado. Los repertorios son creaciones culturales aprendidas, pero no descienden de la filosofía abstracta ni toman forma como resultado de la propaganda política, sino que surgen de la lucha. Es en la protesta donde la gente aprende a romper ventanas, atacar presos sujetos al cepo, derribar casas deshonradas, escenificar marchas públicas, hacer peticiones, mantener reuniones formales u organizar asociaciones de intereses especiales" (Tilly, 2002, 31-32). La noción de repertorio es empero flexible: el mismo Tilly utilizó la metáfora de la improvisación del jazz para dar cuenta del doble rol de los repertorios, en función de su carácter compartido y "reglado", referidos al aprendizaje común, la rutina cotidiana, los

[3]Entendido a la vez como apertura y como cierre, la noción de *umbral* nos obliga a reconocer menos el carácter mutante de lo social, que a entender el porqué de la instalación de nuevas fronteras sociales, de nuevos consensos ideológicos, que atraviesan de manera más o menos estable diferentes niveles de la vida social, reconfigurando nuestra percepción de los hechos.

patrones de expresión, así como de los niveles de maniobra, las variaciones de estilo o la improvisación de la que disponen los propios individuos en la ejecución de los acciones.

Como sostiene D. Cefai, este concepto ha sido retomado de manera diferente por los historiadores y los sociólogos. Mientras que los historiadores tienden a realizar una descripción y taxonomía dentro de la gama de las revueltas (las "emociones populares"), los sociólogos suelen leerlos en clave de "métodos de combate racional o de técnicas eficaces y rentables para obtener resultados" (2007:249-251). En realidad, en América Latina están presentes ambas lecturas. En efecto, una primera cuestión remite a las descripciones y taxonomías, frente a la diversidad de formas de acción que se han desarrollado en los últimos veinte años: así por ejemplo, para el caso de Argentina, sobre un total de 7263 protestas llevadas a cabo entre 1989 y 2006, el GEPSAC distingue los siguientes "formatos de protesta" : 1) marchas y manifestaciones; 2)Paro y huelgas; 3)Cortes; 4) tomas y ocupaciones; 5) Cacerolazos; 6) Motín; 7) Huelga de hambre; 8)Escraches; 9) Sentadas; 10)Muestras artísticas; 11) Cadena Humana; 12) Otros; 13) S/D. (Gepsac: 2009) [4].

Una segunda cuestión remite al análisis más comprensivo de las transformaciones de los repertorios, sus usos y puestas en escena públicas. En realidad, en esta segunda vía, no sólo se destacan los aspectos estratégicos, sino las dimensiones culturales y simbólicas, a saber, la importancia de los repertorios de acción como elementos nodales en la construcción de una identidad positiva y, por ello mismo, las dificultades que conlleva tanto su inserción en contextos de conflicto alto como las consecuencias de su inevitable rutinización. Un ejemplo en el cual pienso, y que he analizado para el caso argentino, es el de los desocupados o piqueteros, para quienes el corte de ruta, un repertorio de acción que luego adoptaría un carácter modular, no sólo constituyó una forma de confrontación, sino una experiencia de autoafirmación de una identidad excluida (Svampa y Pereyra, 2003, Svampa, 2006)[5]. Asimismo, podemos evocar el caso de las asambleas socio-ambientales,

---

[4] Agradecemos a G.Pérez, del Gepsac, el habernos proporcionado dicho material.

[5] Ser piquetero vinculaba tres términos fundamentales: en primer lugar, era un nombre referido al agente principal de las acciones que la historia narraba; en segundo lugar, y como eje central, refería a los cortes de ruta –los "piquetes"– y, en tercer lugar, la historia se complementaba con los motivos y las consecuencias de esas acciones, lo que remitía centralmente tanto al vínculo entre modelo económico y crisis, cuanto a la demanda de trabajo, la recepción y administración de planes asistenciales. Ese relato es el que daba sentido a los acontecimientos que recorrían la historia piquetera y que finalmente explicaba el surgimiento de las organizaciones de desocupados como una consecuencia de la desestructuración productiva del país. Posteriormente, el impulso que tomó la criminalización político y mediático de las organizaciones piqueteras adversas al gobierno de N. Kirchner (2003-2007), produjeron un cuestionamiento de este relato identitario, al reducir la protesta a una acción "ilegal", al tiempo que se invisibilizaron otras dimensiones constitutivas de la experiencia piquetera, por ejemplo el trabajo comunitario en los barrios, o se asociaba la movilización y los cortes de ruta a la manipulación de los partidos de izquierda. En suma, la

como aquella de Gualeguaychú, que desde hace más de dos años lleva a cabo un corte en el puente internacional que separa a la Argentina de Uruguay. Aquí también, los repertorios de acción (como el corte de ruta o la asamblea) terminaron por convertirse en un eje irrenunciable y excluyente de la identidad colectiva, una suerte de totalidad procedimental y a la vez identitaria, un medio trasmutado en un fin en sí mismo, que obstaculiza la posibilidad de pensar en otras formas de acción colectiva, al tiempo que enfrenta a los actores a los riesgos y dificultades de la rutinización (cansancio de la sociedad, peligro de estigmatización y criminalización de la lucha, entre otros).

Con formato: Español (España, internacional)

En términos teóricos, hay que destacar asimismo la influencia (aunque más periférica) de los escritos de Laclau sobre los estudios de los movimientos sociales, sobre todo en lo que respecta a la importancia de la lucha hegemónica, en un espacio plural en el cual no hay sujetos privilegiados ni identidades pre-constituidas (Laclau y Mouffe; 1987) y a la centralidad que adquiere la noción de antagonismo, asociada al carácter contingente y precario de las identidades (Laclau: 1990). Pero, de manera más reciente, no ha sido tanto su teoría del antagonismo o incluso su teoría de la hegemonía, (que, en gran medida poseen una grado de generalidad alta, y no proveen de conceptos intermedios que pudieran ser aplicados al análisis de los movimientos sociales), sino su teoría del populismo (Laclau, 2005), en torno del "significante vacío" y la relación entre la categoría de "pueblo" y "lucha de clases", la que ha tenido una mayor repercusión, vista la actual reactivación de la narrativa nacional-popular[6]. Asimismo, en el plano de la teoría social – y aunque no podemos desarrollar el tema aquí-, no podemos dejar de señalar la influencia inspiradora de la obra de T.Negri (:1994; 2002 a y 2202b), que si bien no remite directamente al estudio de los movimientos sociales, presenta una visión sumamente rica y atractiva en términos de

presencia constante de las organizaciones de desocupados en las zonas de frontera (los puentes), así como en las calles de la ciudad de Buenos Aires, encontró un punto de inflexión –y de no retorno- en el poderoso dispositivo político y mediático de estigmatización. La consecuencia de ello fue tanto el cuestionamiento del relato identitario (ser piquetero ha dejado de ser una definición social positiva), como la instalación de un fuerte consenso anti-piquetero en la sociedad Así, en Argentina y de manera paradójica, el piquete o corte de ruta, que adoptó claramente un formato modular, hoy es utilizado por una gama amplia de actores (que incluyen los productores agrarios, los sindicatos y las asambleas socio-ambientales), a excepción de los propios piqueteros.

[6] Véase, entre otros, la Revista *Cendes*, Centro de Estudios de la Universidad Central de Venezuela, dedicada especialmente a Laclau y su teoría del populismo, retomado, entre otros, por M.López Maya (nro 62, año 2006)

diagnóstico de la sociedad y sobre todo, un análisis sumamente agudo acerca de la fuerte transformación de las subjetividades contemporáneas y sus modalidades organizativas.[7]

Un tema no menor consiste en subrayar la dimensión de compromiso que suele atravesar la sociología de los movimientos sociales en América Latina. En realidad, tradicionalmente, el espacio intelectual desde el cual se reflexiona sobre los movimientos sociales es aquel que interpela un modelo de investigador comprometido. Sin duda que los avatares, tanto políticos como intelectuales, de las últimas décadas, han impactado y erosionado fuertemente este modelo. Sin embargo, el "cambio de época" operado en los últimos años, ha habilitado el retorno de ciertos términos que habían sido expulsados del lenguaje político y de las academias, tales como "anti-imperialismo", "descolonización", o "emancipación", vocablo éste último que en gran medida aparece como el sucesor de la idea de "revolución"; incluso, como hemos visto, el de "movimientos sociales". En este sentido, este cambio de época permite pensar desde otro lugar la relación entre modelos académicos y compromiso político, algo que también parecía definitivamente clausurado en pos de la profesionalización del saber académico, del repliegue del intelectual-intérprete o de la apología del modelo del experto. Así, más allá de los prejuicios intelectuales y las críticas que estas posiciones han generado en otras latitudes, este cambio de época nos invita a reflexionar sobre el carácter anfibio del investigador/intelectual[8], muy especialmente en el campo de los movimientos sociales, pues creemos que lejos de traicionar el *habitus* académico o de acantonarse en él, esta posición refleja la necesidad de hacer uso de él, amplificándolo, politizándolo en el sentido auténtico del término. Asimismo, lejos de abandonar o fusionarse con el espacio militante, de lo que se trata es de buscar un lugar dentro de él, en tanto investigador-intelectual comprometido y a la vez crítico, esto es, capaz de producir un conocimiento que vaya más allá de la visión y el

[7] Hemos vinculado los aportes de la filosofía política italiana (y la narrativa autonomista), con el "nuevo ethos militante", presente en los movimientos sociales y colectivos culturales en Svampa, 2008c.

[8] En otro texto sobre el tema, hemos avanzado en la posibilidad de construir un paradigma comprensivo en torno de la figura del intelectual (Svampa, 2008a). En este sentido, creemos que es posible integrar los modelos que en las ultimas décadas se han vivido como opuestos o contradictorios (el modelo del investigador académico y el investigador militante), sin desnaturalizar uno ni otro, estableciendo como hipótesis la posibilidad de conjugar ambas figuras en un solo paradigma, el del intelectual-investigador como **anfibio**. Así, a la manera de esos vertebrados que poseen la capacidad de vivir en ambientes diferentes, sin cambiar por ello su naturaleza, lo propio del investigador- intelectual anfibio es su posibilidad de generar vínculos múltiples, solidaridades y cruces entre realidades diferentes. El investigador anfibio es una figura capaz de habitar y recorrer varios mundos, y de desarrollar, por ende, una mayor comprensión y reflexividad sobre las diferentes realidades sociales y sobre sí mismo.

discurso de los actores y, al mismo tiempo, capaz de interpelar críticamente a quienes dice acompañar. Retomando libremente a Elías, pensamos que el conocimiento se construye en esa suerte de vaivén inestable o equilibrio tensional entre, por un lado, el compromiso con una realidad que nos envuelve y nos atraviesa fuertemente y, por el otro, el obligado distanciamiento crítico que requiere la producción de un conocimiento que vaya más allá del discurso de los actores.

Por último, debemos señalar que en la actualidad existen dos elementos centrales que se han constituido en el punto de partida de numerosos análisis sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, que reenvían específicamente a la tradición latinoamericana de las ciencias sociales. Estos son, por un lado, la perspectiva de análisis socio-territorial de los movimientos sociales a por el otro, la perspectiva acerca del carácter plebeyo de las formas de participación de lo popular en el espacio público. Veamos, para terminar, ambas dimensiones.

Los movimientos sociales y la *perspectiva territorial*

En la actualidad, parecería haber un consenso implícito entre diferentes analistas latinoamericanos (entre los cuales nos incluimos) acerca de que una de las dimensiones constituyentes de los movimientos sociales latinoamericanos es la *territorialidad*. En términos generales, tanto en los movimientos urbanos como rurales, el territorio aparece como un espacio de resistencia y también, progresivamente, como un lugar de resignificación y creación de nuevas relaciones sociales. En fin, para un arco bastante extenso y representativo de las ciencias sociales latinoamericanas, los movimientos sociales latinoamericanos deben ser entendidos como movimientos socio-territoriales.[9]

Como afirma Milton Santos (2001), la apropiación del territorio nunca es solo material, sino también simbólica. La territorialidad, como dimensión "material", ha sido muchas veces comprendida exclusivamente como *auto-organización comunitaria*, tanto de los movimientos campesinos, muchos de ellos de corte étnico, como de los movimientos urbanos, que asocian su lucha a la defensa de la tierra y/o a la satisfacción de las

[9] Esta caracterización es utilizada entre otros, por B. Mançano F, y otros destacados geógrafos brasileños (Milton Santos, Carlos Porto Gonçalves); N.Giarracca y nosotros mismos en Argentina; T. Palau en Paraguay, o R.Zibecchi en Uruguay. Para una caracterización de las dimensiones de los movimientos sociales en América Latina, tales como la territorialidad, la acción directa, la democracia asamblearia, la demanda de autonomía (el nuevo ethos militante) y la multiescalaridad de los conflictos, véase Svampa, 2008a.

necesidades básicas. La importancia que adquirió la construcción de la territorialidad, asociada primeramente al habitat y las condiciones de vida, está ligada a la desarticulación entre empleo y urbanización, operada a fines de los años ´60 y ´70, que dieron lugar a la emergencia a los primeros asentamientos urbanos. Este fenómeno de marginalidad urbana señalaba el desfase entre las demandas de consumo y la calidad de vida en general, y por ende, ponía de manifiesto los límites de integración del modelo populista-desarrollista. Como hemos señalado, esta situación daría origen a los movimientos sociales urbanos, caracterizados por la auto-organización en redes de proximidad social y espacial (el barrio como centro organizado) y la orientación hacia el Estado (en reclamo de servicios y la tenencia de la tierra). En este período, los movimientos sociales urbanos despertaron expectativas en algunos analistas, que proponían una articulación entre luchas sociales (urbanas) y luchas políticas (sindicales, partidarias). Éste fue el caso de Manuel Castells, autor de un libro muy conocido en la época (1974). Sin embargo, la esperada articulación finalmente no tuvo lugar, y los trabajos posteriores concluyeron en pronósticos más bien pesimistas, visto el carácter pragmático de los movimientos sociales urbanos, así como el proceso de cooptación e institucionalización de la acción en el marco del "desarrollo local" (Cardoso, 1983).

Sin embargo, desde fines de los ´80, el territorio se fue erigiendo en el lugar privilegiado de disputa, primero, a partir de la implementación de las nuevas políticas sociales, de carácter focalizado, diseñadas desde el poder con vistas al control y la contención de la pobreza. Estas transformaciones deben ser entendidas en el marco de una dinámica recursiva. En efecto, como se vería en años posteriores, el correlato de este proceso sería el desarrollo y consolidación secuencial de un Estado de seguridad y un Estado Asistencial, con el objeto de contener, controlar, disciplinar a las poblaciones pobres y movilizadas, concebidas como nuevas "clases peligrosas".

De manera más reciente, la disputa por el territorio ha tenido otras inflexiones, a partir de las nuevas modalidades que adoptaría la lógica del capital en los espacios considerados estratégicos en términos de recursos naturales. Recordemos que el impulso del capitalismo neoliberal posdictaduras ha tenido diferentes fases en América Latina: un primer momento, desde finales de los ´80, estuvo marcado por la desregulación económica, el ajuste fiscal, la política de privatizaciones (de los servicios públicos y de los hidrocarburos), así como por la introducción del modelo de agronegocios. Esta primera fase, en la cual se sentaron las bases del Estado meta-regulador (Boaventura de Sousa Santos: 2007), conllevó la generación de nuevas normas jurídicas que garantizaron la

institucionalización de los derechos de las grandes corporaciones así como la aceptación de la normativa creada en los espacios transnacionales. Al mismo tiempo, dichas orientaciones contribuyeron a consolidar un modelo económico basado en la reprimarización de la economía, altamente dependiente de los mercados externos, al tiempo que profundizaron las bases del Estado patrimonialista, de cara a la fuerte imbricación entre los gobiernos, en sus diferentes niveles, con los grupos económicos privados.

En continuidad con el momento anterior, pero en un escenario político diferente al de los años ´90, en la actualidad asistimos a una segunda fase, caracterizada por la generalización del modelo extractivo-exportador, basado en la extracción de recursos naturales no renovables, y la expansión de los agro-negocios, necesarios para alimentar el nivel de consumo sostenido y el modelo de acumulación vigente. En otros términos, la actual etapa expresa una demanda cada vez mayor de los países desarrollados hacia los países dependientes, en términos de materias primas o de bienes de consumo, lo cual aparece reflejado en la expansión de las fronteras hacia territorios antes considerados como "improductivos": la frontera agrícola, petrolera, minera, energética, forestal. Dicha expansión genera transformaciones mayores, en la medida en que reorienta completamente la economía de pueblos enteros y sus estilos de vida, y amenaza en el mediano plazo la sustentabilidad ecológica. La minería a cielo abierto, la construcción de grandes mega-represas, los proyectos previstos por el IIRSA y prontamente los llamados agrocombustibles (etanol), ilustran a cabalidad esta nueva división territorial y global del trabajo en el contexto del capitalismo actual. En términos de D. Harvey (2004), la actual etapa de expansión del capital puede ser caracterizada como de "acumulación por desposesión",[10] proceso que ha producido nuevos giros y desplazamientos, colocando en el centro de disputa la cuestión del territorio y el medio-ambiente.Un ejemplo de ello es la situación de los pueblos indígenas y campesinos, que pujan por la defensa de sus derechos territoriales, reconocidos por tantas constituciones latinoamericanas, ante el avance de la frontera forestal, la megaminería a cielo abierto, las grandes represas, la privatización de las tierras o el boom de la soja transgénica.

De diversas maneras, la afirmación de que existen regiones marcadas históricamente por la pobreza y la vulnerabilidad social, con una densidad poblacional baja, que cuentan con grandes extensiones de territorios "improductivos" y/o "vacíos", facilita

[10]Para Harvey (:2004), el actual modelo de acumulación implica cada vez más la mercantilización y la depredación, entre otras cosas, de los bienes ambientales. La acumulación por desposesión o despojo (lo que Marx denominaba la "acumulación originaria") ha desplazado en centralidad la dinámica ligada a la "reproducción ampliada del capital".

la instalación de un discurso productivista y excluyente. Por ende, la definición de lo que es el territorio, más que nunca, se convierte así en el *locus* del conflicto. De este modo, la expansión de nuevos emprendimientos productivos fue instalando una visión de la territorialidad que se presenta como excluyente de las existentes (o potencialmente existentes), generando una "tensión de territorialidades" (C. Porto Gonçalvez, 2001). En efecto, el discurso (no siempre explícito) de las empresas transnacionales y los gobiernos, suele desplegar una concepción binaria del territorio, sobre la base de la división viable/inviable, que desemboca en dos ideas mayores: por un lado, la de "territorio eficiente"; por otro, la de "territorio vaciable" o en última instancia, "sacrificable" (Svampa:2008). En términos de R. Sack (1986), esto se produce cuando el territorio carece de artefactos u objetos valiosos desde el punto de vista social o económico, con los cual estos aparecen como "sacrificables" dentro de la lógica del capital.

Por ello no es casual que, en los últimos tiempos, el proceso mismo de construcción de la territorialidad se haya cargado de nuevas significaciones y valoraciones, como lo muestra el desarrollo de movilizaciones de fuerte carácter socio-ambiental en gran parte de la región. Así, las acciones de los movimientos campesinos e indígenas, como de aquellos socio-ambientales, orientadas contra el Estado y contra sectores privados (grandes empresas transnacionales), generalmente se inician con reclamos puntuales, aunque en la misma dinámica de lucha tienden a ampliar y radicalizar su plataforma representativa y discursiva, incorporando otros temas, tales como el cuestionamiento a un modelo de desarrollo monocultural y destructivo, y la exigencia de desmercantilización de los llamados "bienes comunes". Estos procesos de movilización conducen a una concepción de la territorialidad, que se oponen radicalmente al discurso ecoeficientista y la visión desarrollista, propia de la narrativa dominante.

Sin ánimo de ontologización alguna, la potenciación de un *lenguaje de valoración* [11] divergente sobre la territorialidad pareciera ser más inmediata para el caso de las organizaciones indígenas y campesinas, debido tanto a la estrecha relación que éstas plantean entre tierra y territorio, en términos de comunidad de vida, como a la notoria reactivación de la matriz comunitaria indígena acaecida en las últimas décadas. En este sentido, el desarrollo de la minería metalífera a gran escala, puede pensarse como un ejemplo paradigmático, tal como lo ilustra la Coordinadora Nacional de las Comunidades del Perú Afectados por la Minería (Conacami), en Perú, surgida en 1999, espacio que articula comunidades y organizaciones de nueve regiones del país. En los últimos años, en

[11] Tomamos la expresión de J. Martínez Allier (2004).

un contexto de endurecimiento de la represión y judicialización del conflicto, la Conacami ha ido realizando el pasaje de un lenguaje "ambientalista", crítico del modelo de desarrollo, a la reafirmación de una identidad indígena y la defensa de los derechos culturales y territoriales.[12] Otro parece ser el caso de las organizaciones urbanas. Así, por ejemplo en Argentina, las más de setenta asambleas de autoconvocados y organizaciones en contra de la megaminería a cielo abierto y los agronegocios que involucran pequeñas y medianas localidades del país y hoy convergen en la UAC (Unión de Asambleas Ciudadanas), poseen otro registro a partir del cual (re)construir mediaciones que conduzcan a la idea de "comunidad de vida y territorio", en función de la defensa de un estilo de vida (más elegido que heredado) que subraya un vínculo estrecho entre paisaje, historia larga de la región, defensa del medio ambiente y oportunidades de vida. Sin embargo, vale la pena agregar que, para el caso argentino, este proceso de construcción de la territorialidad (o de reterritorialización), en clave de comunidad de vida y de defensa de los bienes comunes, exhibe de manera progresiva una afinidad electiva con la cosmovisión de los movimientos campesinos e indígenas, históricamente invisibilizados y relegados al margen de la sociedad.

En suma, la territorialidad es una dimensión que atraviesan el conjunto de los movimientos sociales, por encima de sus diferencias nacionales y sectoriales, sea que hablemos de los movimientos indígenas (como el zapatismo en México, la CONAIE en Ecuador o las organizaciones mapuches, en Chile y Argentina), de movimientos territoriales urbanos (las organizaciones piqueteras en Argentina, la Fejuve en Bolivia, Los Sin Techo en Brasil) o rurales (el MST en Brasil), o los movimientos socio-ambientales (movimientos anti-represa en Brasil, movimientos de resistencia campesino-indígena en Perú y Ecuador, nuevas asambleas ciudadanas contra la minería a cielo abierto en Argentina y Chile), entre otros. Incluso, los nuevos espacios de coordinación que inicialmente estuvieron marcados por la evolución de los llamados acuerdos sobre liberalización comercial y especialmente frente a la iniciativa norteamericana de subsumir a los países de la región bajo un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), hoy se erigen contra el IIRSA (*Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana)*[13], los avances del modelo extractivo exportador y la extensión del modelo de agro-negocios. De este modo,

[12] Hoetmer y otros, 2007.

[13] Cartera de proyectos de infraestructura de transporte, energía y comunicaciones consensuada por varios gobiernos latinoamericanos en el marco de la *Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana* (IIRSA). Para el tema, veáse A.E.Ceceña, P. Aguilar y C.Motto, *Territorialidad de la dominación, IIRSA*, Observatorio de Geopolítica, 2007, 62 p.

la constitución de espacios de coordinación a nivel regional aparece cada vez más centrada en la defensa de la tierra y el territorio.

La *"perspectiva plebeya"*[14] y las formas de participación de lo popular

En América Latina el carácter plebeyo aparece como un rasgo asociado a la irrupción de las clases populares en el espacio público y, más aún, de modo general, de las formas de participación de lo popular. Sin embargo, ¿cómo entender o definir lo plebeyo sin caer en ambigüedades ni opacar la riqueza de sus diferentes sentidos (culturales, políticos, simbólicos)? En términos políticos-culturales lo plebeyo alude a un proceso de auto-afirmación, que implica, por un lado, una reivindicación de lo popular, en cuanto ser negado y excluido; por el otro, una impugnación, de carácter iconoclasta y antielitista, en relación con la cultura dominante. Asi, de manera general, cuando se habla de lo plebeyo en América Latina se hace referencia ciertos rasgos culturares del mundo de los excluidos; pero cuando hablamos específicamente de la irrupción de lo plebeyo, estamos ligando esta dimensión cultural y simbólica a fuertes procesos de cambio social. No por casualidad, esta afirmación de lo plebeyo como componente esencial de las formas de participación de lo popular ha sido detectada muy especialmente por los historiadores latinoamericanos (entre ellos, véase J.L.Romero), en varias épocas, países y generaciones, así como por los estudiosos del populismo, más allá de sus evidentes conexiones con otras nociones, como la de economía moral de la multitud, de E.P.Thompson, Estructuras del sentimiento, de R.Williams, o los cambios en los repertorios de acción, del propio Tilly, en sus trabajos de sociología histórica

En efecto, esta dimensión nos remite a la historia de América Latina, al calor de las luchas políticas postindependentistas, época en la cual la democracia fue asociada tempranamente con lo inorgánico y lo plebeyo. Inicialmente esta caracterización señalaba una situación de ambigüedad y de tensión, visible tanto en la debilidad de las instituciones de la nueva república (el *kratos*), como en la desconfianza hacia las masas (el *demos*). El carácter plebeyo y, por momentos, plebiscitario de ciertos gobiernos latinoamericanos aparecía como una de las dimensiones estructurantes de la política, tal como era reflejado en el vínculo entre las masas (montoneras, plebe) y sus conductores (los caudillos). Así, la

[14] Aunque la *perspectiva plebeya* es tributaria de la historia latinoamericana, retomamos el término de del artículo del politólogo y americanista británico James Dunkerley, que apoyándose en las anticipaciones de René Zavaleta delinea un enfoque que denomina "perspectiva plebeya". Citado en Saint Upéry (2008:78).

democracia fue tempranamente asociada tanto al exceso (el despotismo de las mayorías, la participación en las calles) como al déficit (la fragilidad institucional). Pero fue sobre todo en relación con el exceso (la irrupción de lo plebeyo) que fueron juzgadas las primeras experiencias democráticas, en la mayoría de los países de la región. Más aún, contra la figura de la democracia inorgánica y plebeya se fue construyendo una idea de república "posible", en la cual convergerían liberalismo restrictivo y democracia delegativa, expresado de manera inequívoca el diseño institucional que los diferentes países sudamericanos fueron adoptando.

En el siglo XX, las diferentes experiencias nacional-popular volvieron a instalar la figura de lo plebeyo. En ese sentido, el populismo aparecía marcado por la idea del "exceso", en donde convergían por un lado, irrupción popular en el espacio público, por el otro, tentación unanimista del líder, bajo la figura del "Pueblo-Uno" (Martuccelli y Svampa, 1997) [15]. Así, por ejemplo, en Argentina, lo plebeyo como voluntad de autoafirmación de lo popular emergió como resultado de un conflicto con otros sectores sociales (clases medias y altas), que asimilaban su carácter impugnador con la incultura, al tiempo que reclamaban para sí la superioridad de sus modelos culturales y estilos de vida. En este sentido, la presencia de lo plebeyo remite la historia de diferentes movimientos populares, tanto del yrigoyenismo como sobre todo del peronismo, y más cercanamente los movimientos territoriales urbanos, como los desocupados o piqueteros.

Pero, lejos de ser privativo de la Argentina, la asociación entre lo plebeyo y las formas de participación de lo popular, recorre sin duda gran parte de los países latinoamericanos, y aparece cristalizada en la imagen de la "invasión" de los pobres y excluidos, que bajan de los cerros, para "cercar" o "sitiar" el centro político y económico de la ciudad. Las revueltas urbanas de las últimas décadas y la visibilidad persistente que han adquirido los sectores excluidos (símbolo de las clases peligrosas), vuelven a traer al presente estás imágenes fantasmáticas. Así, por ejemplo, en Bolivia, la imagen del cerco indígena a la metrópoli mestizo-criolla, remite a la época de Tupac Katari (1781), cuyo recuerdo comparten las elites urbanas de los barrios ricos del sur de La Paz. Esa misma

[15] En este punto, es necesario destacar algunas cuestiones sobre lo que entendemos por populismo. La primera de ellas es general y se refiere al carácter ineludiblemente complejo y hasta contradictorio del populismo. En efecto, el populismo es un régimen político que presenta a la vez elementos democráticos y autoritarios, y cuyo objetivo es lograr la participación "organizada" de las masas, controladas desde el Estado. El populismo se constituye así a través de la doble referencia a la igualdad y a la jerarquía. Sin embargo, pese a esta doble matriz, es sin duda desde la democracia –comprendida como exceso- y desde la idea de igualdad (los derechos sociales ligados al trabajo), que el populismo de los años ´40 fue adquiriendo su significación más cabal. Para el tema, véase Martuccelli y Svampa, 1997.

imagen fue actualizada en las grandes movilizaciones de 2000 y muy especialmente en las insurrecciones de 2003 y 2005, lo cual viene a confirmar hasta que punto la ciudad se convierte cada vez más en "un espacio estratégico" (S.Sassen 2003), en el cual tiende a concentrarse la actividad de los pobres (los llamados sectores informales), en busca de la sobrevivencia, así como la acción colectiva de "los que no tienen poder".

Por otro lado, como hemos dicho más arriba, la irrupción de lo plebeyo da cuenta de cambios más o menos abruptos en la composición de las clases subalternas, algo que en clave contemporánea podemos leer a partir de la pérdida de la pregnancia (imaginaria o real) de la identidad obrera. Así, como afirma L. Tapia, mientras que hasta hace un par de décadas en Bolivia el elemento aglutinante fue la identidad "obrero-campesino", en la actualidad es la identidad campesino-indígena (:2008). Para el caso argentino, el proceso de descolectivización de las clases populares conllevó un corrimiento del conflicto, manifiesto en la crisis y debilitamiento del mundo obrero tradicional y la emergencia de un proletariado multiforme y plebeyo, que se reconoce en las nuevas formas de auto-organización barrial y la preeminencia de la acción directa (Svampa, 2005 y 2008). No por casualidad, como señalan Saint-Upéry (2008)[16] y F.Ramirez (2008), *El retorno de la Bolivia plebeya* es el título de uno de los primeros libros del grupo Comuna, en Bolivia, y ha sido uno de los temas más recurrentes en la obra de A. García Lineras, (2001, 2002, 2008), así como en L.Tapia, ambos inspirados en la noción de "sociedad abigarrada" o "abigarramiento", de René Zavaleta.[17]

Por otro lado, existe una asociación entre el carácter plebeyo de la acción y la adopción de la *acción directa* no convencional y disruptiva, como herramienta de lucha generalizada. En este sentido, la centralidad que fue adquiriendo la acción directa está estrechamente ligada al contexto de las luchas, marcado por fuertes contextos de exclusión y la gran asimetría de fuerzas. La primacía de la acción no-institucional pone de manifiesto la crisis y agotamiento de las mediaciones institucionales (partidos, sindicatos), en el marco de la nueva relación de fuerzas. En otras palabras, la acción directa no institucional aparece como la única herramienta eficaz de aquellos que no tienen poder, frente a los que tienen poder, en el actual contexto de la gran asimetría.

---

[16]Saint Upéry sostiene que el carácter plebeyo de las fuerzas sociales trasciende el mundo 'popular' y los enmarcados 'proletarios' y abarca también a amplios sectores de las clases medias bajas.

[17] Desde la perspectiva de Zavaleta, el "abigarramiento social" designa la superposición de varias sociedades, con sus diferentes estructuras económicas, sociales y simbólicas, proceso que no es de de mera coexistencia, sino de dominación de unas sobre otras. Este concepto ha sido retomado y reelaborado por Luis Tapia.

Por último, tanto para Saint-Upèry (2008) como para F. Ramírez (:2008), esta perspectiva plebeya va más allá de los movimientos sociales, pues aparece como uno de los rasgos centrales de los actuales gobiernos "progresistas" o de "centro izquierda", en la medida en que éstos dan cuenta de la articulación entre movimientos plebeyos y liderazgos decisionistas. Así, Ramirez sostiene la hipótesis que "la vigente `prioridad de lo social´ se vincula además con la construcción de un campo político en el que las fuerzas sociales prioritariamente convocadas por los gobiernos progresistas vienen 'desde abajo' y poseen un marcado carácter plebeyo. La prioridad redistributiva, así como otros elementos del orden de lo imaginario en la interpelación discursiva de los líderes transformacionales, revelarían el retorno de una cierta `política de clase´ en sus decisiones estratégicas y en sus opciones de política pública. No por casualidad son aquellos, 'los de abajo', quienes han sostenido mayoritariamente en las urnas a los nuevos gobiernos". No cabe duda que esta convergencia entre potencia plebeya y liderazgo decisionista y carismático está en la base de la actualización de la narrativa o tradición nacional popular, sin embargo, tal convergencia no nos debe hacer olvidar que el énfasis en el carácter plebeyo de las masas está ligado primariamente al fuerte proceso de mutación de las clases populares.

En suma, desde nuestra perspectiva, esta irrupción de lo plebeyo en el espacio público pone de manifiesto tres cuestiones: por un lado, es la modalidad histórica o recurrente a la cual apelan los excluidos colectivamente para expresar sus demandas; algo que al decir de M. López Maya puede ser denominado como "la política de la calle"; una modalidad en la que convergen la idea de politicidad de los pobres con la de "explosión de las muchedumbres". En segundo lugar, dicha perspectiva introduce elementos importantes a la hora de analizar las transformaciones en la composición de las clases populares (la pérdida de elementos pregnantes –imaginarios o reales-, ligados a la condición obrera y la emergencia de nuevos elementos o dimensiones aglutinantes): En tercer lugar, nos permite dar cuenta de la convivencia no tan paradójica de diferentes modelos o figuras de la democracia presentes en el actual escenario político latinoamericano, esto es, la consolidación de un modelo de democracia delegativa y decisionista desde arriba, y su convergencia con una democracia asamblearia, de fuerte carácter plebeyo y destituyente, desde abajo.

* * *

En la actualidad, los análisis en términos de movimientos sociales presentan un carácter ecléctico que apuntan a la construcción de un paradigma comprensivo, que combinan elementos de la perspectiva del llamado paradigma de la identidad, con algunas herramientas de análisis que provienen del modelo político y la teoría de la interacción estratégica. Un paradigma comprensivo de la acción colectiva y los movimientos sociales que, en clave latinoamericana, inserta sus lecturas en el marco de una "perspectiva territorial" y de la "perspectiva plebeya", a fin de abordar las diferentes transformaciones de las clases populares, así como las características del sistema político y de poder, sus cambios y readaptaciones frente a la dinámica del conflicto. Este eclecticismo teórico está lejos de ser una confesión de debilidad y mucho menos el producto de una posición pragmática. Aún a sabiendas de que detrás de cada uno de estos enfoques existe un diagnóstico diferente de la sociedad, en el presente nadie se rasga las vestiduras por salir en defensa del paradigma (europeo) de la identidad o, en el límite, de los enfoques de tipo marxista-estructuralista, a excepción de aquellos que apelan a un análisis excluyente en términos de clases sociales, sin dar cuenta a cabalidad de los cambios en la composición de clases o de la heterogeneidad de clivajes; como tampoco nadie lo haría en defensa del paradigma americano (pese a su hegemonía en los estudios de la acción colectiva), a excepción de aquellos que lo replican mecánicamente, como si el razonamiento sociológico fuera el resultado de la agregación de tres o cuatro herramientas analíticas propuestas por dichas corrientes o la repetición mimética de terminologías tan ajenas a nuestros lenguajes, como la de "beligerantes" o incluso "protestantes"….

En realidad, la especificidad de esta perspectiva comprensiva es que ella plantea como propio la necesidad de incorporar ciertas preguntas –tanto de carácter político como epistemológico- al análisis. Para decirlo de otro modo, dicha propuesta tiene la particularidad de privilegiar una serie de cuestiones teóricas e indisociablemente políticas: preguntas no sólo acerca del carácter heterogéneo de los movimientos sociales, sino también de la potencialidad unificadora de ciertas luchas; no sólo de la relación entre movimientos sociales y gobiernos sino también acerca de las potencialidades y límites políticos de los propios movimientos sociales; no sólo acerca de las características del campo multiorganizacional sino sobre todo acerca de las posibilidades de articulación política y el rol de las diversas tradiciones político-ideológicas; no sólo acerca del alcance de

los actuales repertorios de acción sino también sobre las diferentes figuras de la democracia, los límites de la institucionalización y de la autonomía, entre otras cuestiones. En fin, preguntas y cuestionamientos relativos tanto a la discusión acerca de los enfoques analíticos, su rigurosidad y pertinencia; pero también al rol político y social de los analistas e intelectuales en relación con los movimientos sociales y la dinámica política de sus sociedades.

Bibliografía

Auyero, Javier (2002), *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Buenos Aires, Libros del Rojas.

----------(2007)*La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea,* Buenos Aires, siglo XXI.

Calderón, Fernando y Mario Dos Santos (1995), *Sociedades sin atajos. Cultura, política y reestructuración en América Latina*, Buenos Aires, Paidós.

Calderón, F. (comp.), (1986), *Los movimientos sociales ante la crisis*, Buenos Aires, Universidad de las Naciones Unidas-Clacso.

Castells, Manuel (1974), *Movimientos sociales urbanos,* Madrid, Siglo XXI.

A.E.Ceceña, P. Aguilar y C.Motto (2007), *Territorialidad de la dominación, IIRSA*, Observatorio de Geopolítica.

Cefai, D. (2007), *Pourquoi se mobilise-t-on? Les théories de l´action collective*, Paris, LA Découvert

Fernandes, Bernardo Mançano, (2005) *Movimentos socioterritoriais e movimentos socioespaciais. Contribuição teórica para uma leitura geográfica dos movimentos sociais*, **OSAL, Observatorio Social de América Latina**. Año 6 no. 16 (jun. 2005-). Buenos Aires, CLACSO, 2005

García Linera, A. y otros, (2000), *El retorno de la Bolivia plebeya*, La Paz, La muela del diablo-Comuna.

----------(2001) *Tiempos de rebelión*, La Paz, La muela del diablo-Comuna.

----------(2002), *Democratizaciones plebeyas*, La Paz, La muela del diablo-Comuna.

García Linera, A. (coordinador) y colaboradores, (2004) *Sociología de los Movimientos Sociales en Bolivia. Estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política*, La Paz, Diakonia y Oxfam.

García Linera, A. (2008), *La potencia plebeya. Acción colectiva e indentidades indígenas, obreras y populares en Bolivia.* Antología de textos, Clacso ediciones, Prometeo libros.

GEPSAC, (Grupo de Estudios de Protesta Social y Acción Colectiva**),** 2006, T*ransformaciones de la protesta social enArgentina 1989-2003*, Documento de Trabajo, Instituto G.Germani.

----------(2008), T*ransformaciones de la protesta social enArgentina 1989-2003*, Documento de Trabajo, Instituto G.Germani.

----------(2009), T*ransformaciones de la protesta social enArgentina 1989-2006. Informe de resultados. Base de datos sobre protestas,* Instituto G.Germani, UBA, marzo de 2009

Giarracca, N. (2001) (comp.), *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país,* Buenos Aires, Alianza.

Con formato: Inglés (Estados Unidos)

—— (2005), "Territorios en disputa: los bienes naturales en el centro de la escena", *Le Monde Diplomatique*, octubre.

Gilly, Adolfo (1997), *Chiapas, la razón ardiente*, México DF, Era.

Goh, M.da Gloria (2006*), Teorias dos Movimientos Sociais*, Sao Paulo, Ediciones Loyola.

Haesbaert, Rogerio, 2004, *O mito da desterritorialização*, Bertrand, Brasil.

Hardt, M, y T. Negri (2002), *Imper*io, Buenos Aires, Paidós

Harvey, D. (2004), "El nuevo imperialismo: Acumulación por desposesión", *Socialist Register,* bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/social/**harvey**.pdf

Jelin, E. (1989) (comp.), "Los movimientos sociales en la Argentina contemporánea", en Elizabeth Jelin, *Los nuevos movimientos sociales,* Buenos Aires, CEAL, pp. 13-40.

Laclau, E y C. Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

Laclau, (1990) Nuevas Reflexiones de nuestro tiempo, Buenos Aires, Nueva Visión

----------(2005) La razón populista, FCE, Buenos Aires.

López Maya, M.(2000), « La protesta popular en la Venezuela contemporánea. Enfoque conceptual, metodológico y fuentes » en J. . Rodríguez, com. *Visiones del oficio. Historiadores venezolanos en el siglo XXI*, pp.399-412, Caracas, Academia Nacional de la Historia/FHE-UCV

----------(2005), « La protesta popular venezolana :mirando al siglo XX desde el siglo XXI », en CENDES, *Venezuela Visión plural*, vol. II, bid&co.editor, Cendes-UCV, pp.517-535.

Martinez Allier, J. (2004) *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración;* Barcelona; España; Icaria Antrazo; FLACSO ECOLOGÍA.

Martuccelli, Danilo y Maristella Svampa (1994), "Notas para una historia de la sociología latinoamericana", en *Cuadernos Americanos*, Año 8, Nº 46, julio-agosto.

—— (1997) *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires, Losada.

McAdam, Doug, John McCarthy y Mayer Zald, eds (1999), "*Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo..

Melucci, Alberto (1991) "Qu´y a-t-il de nouveau dans les "nouveaux mouvements sociaux", pp., 129-162, en Louis Maheu et Antonio Sales, *La recomposition du politique*, Presses de l´Université de Montréal.

----------(1994), "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales", en *Zona-Abierta* 69, pp. 153-178.

—— (1998), "La experiencia individual y los temas globales en una sociedad planetaria", pp. 361-381, en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (comps.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Editorial Trotta.

Negri, T (1994), *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernid*ad, Madrid, Libertarias-Prodhufi

----------(2002) *Crisis de la Política,* Buenos Aires, El cielo por asalto

-Palacios Paéz, M. Pinto y Hoetmer (2008), "Minería Transnacional, Comunidades y las Luchas por el Territorio en el Perú: El caso de Conacami", en *Le Monde Diplomatique*, diciembre, La Paz, Bolivia.

Porto Goncalves, C. (2001) *Geografías, Movimientos Sociales. Nuevas Territorialidades y Sustentabilidad*; México; Siglo XXI.

Ramírez, F (2008), "Decisionismos transformacionales, conflicto político y vínculo plebeyo.-La gestión del poder en el nuevo progresismo sudamericano", en *El Estado en América Latina*, FES-NU , en prensa.

Saint-Upery, M. (2008), "¿Hay patria para todos? Ambivalencia de lo público y "emergencia plebeya" en los nuevos gobiernos progresistas", en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, nun. 32, Quito, septiembre de 2008, pp.75-87.

Sack, R., (1986) *Human territoriality: Its Theory and history*; Cambriddge Universuty Press. Extractos escogidos de los capítulos 1: "These meanings of territoriality" y 2 "Theory" (traducción)

Santos, M., (2005) *O retorno do territorio*. En "Reforma agraria y lucha por la tierra en América Latina, territorios y movimientos sociales", en OSAL, Observatorio Social de América Latina, Año VI Nº 16 enero-abril 2005. CLACSO

Sousa SAntos, B., (2007) *Más allá de la gobernanza neoliberal: El Foro Social Mundial como legalidad y política cosmopolitas subalternas*. En Santos y Garavito (Eds) en "El derecho y la globalización desde abajo. Hacia una legalidad cosmopolita"; México; Anthropos.

Sassen,Saskia (2003), *Los espectros de la globalización*, Buenos Aires, FCE.

----------(2007) *Sociología de la globalización,* Buenos Aires, Ediciones Katz.

Schuster, Federico y Sebastián Pereyra (2001), "La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política", Norma Giarracca (2001) (comp.), *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país,* Buenos Aires, Alianza.

Schuster, F. (2005), "Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva", en Schuster et all, *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en al Argentina Contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo libros.

Svampa, M. y Pereyra, S. (2003), *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras,* Buenos Aires, Biblos.

Con formato: Español (España, internacional)

Svampa, M. (2005), *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires, Taurus.

---------- (2008a) *Cambio de Época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires, Siglo XXI-Clacso.

----------(2008b), "The end of Kirchnerism", in *New Left Review* 53, sept-oct 2008, pp.79-95

----------(2008c), "Movimientos Sociales, matrices político-ideológicas y nuevos escenarios en América Latina", la *I Jornadas de Análisis Crítico*, Bilbao, 14-15 de noviembre de 2008, mimeo, 52p.

Tapia, L. (2006), *La invención del núcleo común. Ciudadanía y gobierno multisocietal*, La Paz, la muela del diablo

----------(2008), *Política salvaje,* La Paz, Clacso-Comuna-La muela del Diablo

Tarrow, S. (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza editorial.

Tilly, C. (1986), *La France conteste de 1600 à nos jours*, Paris, Fayard.

----------(1992), How to Detect, Describe, and Explain Repertoires of Contention, The Working Paper Series (Working Paper no 150), New School for Social Research: 1-42.

----------(1998), "Conflicto político y cambio social", en P.Ibarra y B.Tejerina,*Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural,* Valladolid, Trotta editorial

---------- (2002), en Mark Traugott, *Protesta social: repertorios y ciclos de la acción colectiva* de 1995, Editorial Hacer).

Tilly, C. e S.Tarrow (2008), *La politica del conflitto*, Milano, Bruno Mondadori.

Touraine, A (1988), *La parole et le sang*, Paris, Odile Jacob. [*Actores sociales y sistema político en América Latina*, Santiago, Prealc, 1988.]

----------(1997), *Podremos vivir juntos?*, Buenos Aires, FCE.

Con formato: Inglés (Estados Unidos)

Con formato: Inglés (Estados Unidos)